

La figura de San José

Federico Suárez

José, Esposo de María

Rialp, col. Patmos, nº 180, Madrid, 1997, cap.1

No parece que San José pertenezca a la clase de santos que despiertan admiración y suscitan deseos de emular sus actos. Más bien habría que situarle entre ese tipo de hombres en los que si uno, por casualidad, se fija alguna vez, jamás siente comezón de echarle una segunda ojeada. Al tipo, diríamos, de los hombres grises, esos que nunca se distinguen de los demás porque se funden de tal manera en el conjunto que ni el más ligero pormenor es lo suficientemente llamativo como para atraer la atención, y no a esa otra clase que se pone como modelo o arquetipo al que se debe aspirar.

Pasa por el Evangelio sin que se le oiga pronunciar una sola palabra. No escribió jamás una línea. Ninguna de las cosas que hizo rebasó los límites de las acciones más comunes. Fue --como diría quien gustase de utilizar un lenguaje un tanto redicho-- un hombre sin mensaje.

Todo esto, claro está, es lo que parece a primera vista; lo que

parece, y también, en cierto aspecto, lo que es, porque esa impresión es verdadera y corresponde a la realidad. San José, en efecto, no fue un hombre brillante. Pero, ¿acaso el brillo es algo que entitativamente tenga consistencia? ¿Desde cuándo la calidad de un hombre, su valía como tal, se mide por el grado de brillantez que posea?

Tampoco parece que dejara gran cosa a la posteridad. Arquímedes, o Santo Tomás de Aquino, o Miguel Ángel, o Edison, acrecentaron el común patrimonio de la humanidad con valiosas aportaciones de incalculables consecuencias. Y en este aspecto, fuerza es confesarlo, José tampoco se hizo acreedor al agradecimiento de los hombres. Verdad es que ni siquiera lo intentó y, a lo que sabemos de él, no parece que fuera una cuestión que le quitara el sueño o le sumergiese en la angustia.

Así pues, en cierto aspecto, su figura quizás aparezca a los ojos, o a la estimación, de algunos como la de un hombre vulgar, tan vulgar que no ha dejado tras de sí nada que pueda hablar por él a los que vinieran después. Los que de tal modo piensan, sin embargo, pertenecen a la clase de hombres, quizá más abundantes de lo que sería de desear, que tan sólo aceptan criterios de valoración de corto alcance: juzgan de acuerdo con ciertas normas convencionales que se basan más en la apariencia que en la realidad, más en una estimación compartida que en una estimación verdadera. En otras palabras: piensan más en categorías mundanas que en criterios sobrenaturales, lo cual equivale a juzgar a las personas no por lo que son, y ni siquiera por sus obras, sino sólo por cierta clase de obras, precisamente por aquellas que, previamente, han decidido calificar de dignas de mérito o de ser recordadas.

Dados, pues, los criterios al uso, criterios de este mundo, nada sobrenaturales y por lo general muy poco profundos, esa figura, un tanto borrosa precisamente por su --al parecer-- escasa personalidad, no se presenta a los hombres de nuestro tiempo como lo bastante interesante para dedicarle una más detenida mirada. Con tales criterios, un hombre gris, un artesano de aldea que nunca dijo nada, ni hizo nada que merezca la pena reseñar, podrá ser muy estimable, un buen hombre; pero uno no tiene tiempo para dedicarse a contemplar todos los buenos hombres que en el mundo han sido. Hay cosas más importantes, de mayor urgencia, más útiles y necesarias.

Según los criterios de este mundo, el hecho de que Dios eligiera a este hombre para confiarle la custodia de los dos mayores tesoros que jamás ha habido en la tierra --Jesús y María-- no cuenta mucho: ésta es, por cierto, una de las razones por las que se puede asegurar que tales criterios son de este mundo y, por ello, superficiales. Y por eso mismo estos criterios son siempre insuficientes para un cristiano que verdaderamente sea lo que su nombre indica, para un hombre que sea *discípulo* de Cristo; un discípulo de Cristo, en efecto, nunca debe aceptar cosa alguna tan sólo por su valor aparente, esta valoración no le sirve, ya que necesita conocer su valor real, y el valor real de las cosas creadas, cualesquiera que sean, su más profundo y verdadero valor, tiene mucho que ver con Dios, con Cristo, con el mundo sobrenatural y con la revelación.

Para un cristiano que crea en Jesucristo, que crea que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, el hecho de que Dios escogiera a José para hacerle esposo de la Virgen María y padre legal de Jesús es motivo suficiente para pensar que, después de todo, quizá no fuera un hombre tan vulgar y tan gris cuando nada menos que el mismo Dios le eligió --más aún, le creó-- para desempeñar una de las misiones más difíciles y de mayor responsabilidad que jamás fue encomendada a hombre alguno.

Y es, acaso, esta consideración, la de la elección de José para esta peculiar misión, la que puede servir de comienzo a un conjunto de reflexiones al término de las cuales nuestra estimación y nuestro respeto por este santo habrán aumentado, probablemente, de modo considerable. Porque este hombre que aparentemente no pasa de ser un buen hombre, un personaje un tanto desvaído que nunca hizo nada de relieve, se nos muestra de una categoría muy poco corriente; este hombre, que no pronuncia una sola palabra en su paso por el Evangelio, nos da con su silencio una lección de atronadora elocuencia; este hombre que no escribió una línea, ni nos legó un solo pensamiento, nos enseña algunas lecciones tan profundas que es dudoso que una no pequeña parte de los hombres de hoy sean capaces de percibir las, dada la poca afición que el hombre contemporáneo siente por la reflexión y el poco tiempo que el trabajo, los negocios, las prisas y el constante deseo (¿o desazón?) de cambio le dejan para ello.

Sería temerario intentar siquiera una biografía de José de Nazaret. No puede haber biografía (que no es otra cosa que la historia de una

persona) sin datos suficientes, y los que da el Evangelio son muy escasos, muy pobres para rehacer una vida. En cambio, son muy bastantes y significativos para dar pie a una pausada consideración, aunque no a cualquier clase de consideración; pues no se trata simplemente de un ejercicio intelectual, aunque lo sea, sino sobre todo de un ejercicio piadoso, de una reflexión a la luz de la fe y tomando como base datos y hechos que pertenecen a la revelación. Por algo fueron escritos, cierto: para nuestro aprovechamiento y edificación.

Con un criterio cristiano que permita ver los hechos con esa tercera dimensión que da la visión sobrenatural, José se nos aparece como la persona más unida (después de la Virgen) a la Santísima Trinidad. Sobre él recayó --en palabras de Pío IX-- «la misión de custodiar la virginidad, la santidad de María; la misión de cooperar, único llamado a participar del conocimiento del gran misterio escondido a los siglos, en la Encarnación divina y en la salvación del género humano». Una misión, sin duda, de gran responsabilidad, sumamente delicada, llena de dificultades por la excepcional calidad de María (llena de gracia, Madre, Hija y Esposa del mismo Dios) y porque el Niño por el que debía velar era el Creador del mundo y su Señor. A todas luces, y hasta para un entendimiento sólo mediano, la inferioridad respecto a las personas que le iban a estar subordinadas era evidente. ¡Y qué difícil es mandar a quienes son superiores a nosotros!

¡Qué enormes dificultades entraña tomar resoluciones cuando van dirigidas a quienes sabemos más inteligentes, más capaces, mejor preparados, más profundos que nosotros! Es casi inevitable, a no ser que exista un arraigado fondo de humildad, caer en el resentimiento provocado por un complejo de inferioridad, o en un apocamiento que se intenta superar por medio de artificios y convencionalismos.

San José jamás intentó superar complejo alguno. Hay gente que se encuentra más insignificante de lo que quizá desearía, y esto les amarga y les hace desagradables. O bien intentan disfrazar su modesta personalidad cultivando una apariencia --cuidando la imagen, se dice ahora-- que, a su juicio, le haga mejor de lo que es a los ojos de los demás, y así le aprecien por lo que parece, ya que se imaginan que no lo harán por lo que es.

Nada de esto se encuentra en José. Su figura tiene el sello de lo auténtico, del que se acepta tal como es. No hay en él la más leve nota falsa, ni el menor artificio, ni estridencia o discordancia alguna; ninguna afectación, ningún asomo de ansiedad por lo que otros piensen o digan, ninguna preocupación por su «imagen», por querer o aparentar ser otra cosa de lo que era.

En otro aspecto, sin embargo, la tarea que se le encomendó estaba muy a su alcance, toda vez que lo que se le pedía era, como dice San Juan Crisóstomo, lo que se pide a cualquier padre que es cabeza de familia: sostenimiento y educación de los suyos. Ahora bien: encontrarse casi en el centro del misterio de la Redención, junto a los dos protagonistas principales, y limitarse a un papel menos aún que secundario, ajeno en sí mismo a la Redención, sin tener nada que ver directamente con la misión redentora de Jesús, ni participación activa alguna en la formación de la Nueva Alianza al modo como lo tuvieron los apóstoles, por ejemplo, y desempeñar además con toda justeza el encargo recibido, sin ambiciones de ninguna especie ni frustraciones o heridas en el propio orgullo, sin salirse un punto del lugar y quehacer asignados, eso, sin duda, requería una calidad poco común.

Y esta calidad humana y sobrenatural, velada a miradas superficiales y a mentes distraídas, es lo que paulatinamente aparece a los ojos de quienes por la reflexión van profundizando en los escasos, pero significativos, datos que el Evangelio nos da de este a quien se ha llamado con gran acierto «el hombre de confianza» de Dios. Una calidad que desmiente esa primera impresión grisácea de hombre del montón para sustituirla por otra más real y verdadera que de gris no tiene nada, y que nos muestra a José como arquetipo de lo que podemos llegar a ser --salvando, naturalmente, las distancias-- la mayoría de los hombres, aunque nuestras vidas no parezcan, quizá, sobrepasar el nivel común más generalizado, ni nuestras acciones nos hagan sobresalir entre los demás hombres. Tal como nos aparece en el Evangelio, la calidad de este hombre justo se resume en pocas y muy expresivas palabras: «supo vivir, tal y como el Señor quería, todos y cada uno de los acontecimientos que compusieron su vida. Por eso la Escritura Santa alaba a José afirmando que era justo» (J. Escrivá de Balaguer). Y esto no es cosa que se pueda decir de la mayoría de nosotros.

Constituye, por tanto, la figura de José un incentivo que Dios ha puesto para fomentar nuestra esperanza. Pues si nosotros no pasamos de

ser hombres corrientes, sin nada especial que nos distinga de los demás, sin esas relevantes cualidades que acaban situando a quien las posee por encima de la generalidad de sus contemporáneos, podemos, no obstante, aspirar a bastante más que a la mediocridad a la que parecemos estar destinados por falta de cualidades excepcionales. Afortunadamente para nosotros, Dios tiene otro modo de medir muy distinto del que solemos usar los hombres. No es cuestión de talento o de habilidades fuera de lo común; o por lo menos se trata de otra especie de talento o habilidad. Tampoco es cuestión del brillo o apariencia que tenga el papel que hemos de representar en la vida según se en tiende aquí abajo. Se trata tan sólo (y no es poco) de desempeñar bien, de modo cumplido, sin que falte ni sobre, sin exceso ni defecto, el quehacer que cada uno tiene en el plan de Dios según su peculiar vocación, en el lugar en que deba hacerlo.

Y no es necesario el lucimiento delante de los hombres; ni siquiera es preciso que tengan noticia de nuestra existencia, porque ni lo uno ni lo otro tiene la más mínima importancia. Basta solamente realizar los pequeños y vulgares deberes cotidianos con amor y humildad, y con la mirada puesta en agradar a Dios, pues a sus ojos esto es lo que da testimonio de la calidad intrínseca de un hombre. En suma: recordar que «ningún hombre es despreciado por Dios. Todos, siguiendo cada uno su propia vocación --en su lugar, en su profesión u oficio, en el cumplimiento de las obligaciones que le corresponden por su estado, en sus deberes de ciudadano, en el ejercicio de sus derechos, estamos llamados a participar del reino de los cielos», en palabras de Mons. Escrivá de Balaguer. Y José, el último de los patriarcas, nos enseñó cómo con este modo de vivir se puede llegar a ser un gran santo.